

SUSANA SZWARC

APPELLACIÓN



Por un mal golpe de equilibrio, él, el profesor, me hizo tropezar. Su salida me migró.

Flaca estaba yo, todavía, de hambre. No de ahora sino de cuando era Stachka, niña, perra huérfana, nube frágil. Por eso me quedó esta costumbre de -tirada en cualquier parte, un pedazo de tierra, un andén- mirar el cielo, encontrar las nubes gruesas, alimentadas, y sólo así, hacia esas nubes, jadeo, grito, el mundo entra en mi boca.

Creo que cuando el profesor me encontró yo trabajaba contando esos cuentos que madre nos contaba en la infancia y que nos hacían reír, hasta dormirnos. Mi madre decía así:

*"...en un pueblo chico, de Polonia, vivían unos viejitos que tenían una casa vieja y de sembrar hortalizas vivían. Pero cuando el frío riguroso dio 25º bajo cero..."*

(mi madre aquí se detenía, no lograba recordar si el agua se había hecho hielo o, de olvido, había quedado en agua muy fría, y como si ella hubiera estado alguna vez en esas aguas, comenzaba a respirar mal, a ahogarse, a temblar. Pero ahí las hijas le tendíamos las manos, le tendíamos las ropas, y ella volvía a contar)

*...la viejita murió. El viejito primero lloró mucho porque él sabía que no había otras cosas que llorar y reír, según la ocasión. Cuando ya no lloró se le ocurrió hacerse un cajón de cartones para vender golosinas que casi siempre regalaba. Así hizo, se sentó en una esquina de la calle principal y de eso vivía.*

*Siempre alegre, de buen humor, enseñaba a mirar las formas de las nubes. Pero un día vino un vecino, y le dice: te tengo que avisar de algo muy triste. Pero ¿qué peor me puede pasar que lo que me pasó? El vecino estirando las palabras le dice: tu casa está en llamas. Y el viejito con su sonrisa le habla: pero qué bien, se quemarán las pulgas, las chinches, los didelfos."*

Nos encantaba la palabra didelfos.

-¿Qué son los didelfos, señorita?- pregunté el único día que fui a la escuela.

La señorita contestó:

-Son marsupiales, Luci.

Desde entonces comencé a llamarme Luci. También abandoné la escuela. El pan que repartían era demasiado chico, el mundo muy grande. La maestra no sabía enseñar qué era un didelfo.

Es necesario retornar a veces a cierta parte de la historia para suponer que entendemos.

El profesor quedó encantado con la palabra didelfo del cuento de mi madre, y que nombré. Me preguntó:

-Luci, ¿sabés qué es un didelfo?

-Por supuesto -contesté- es un marsupial.

Me aplaudió. Estaba conmovido con mi flacura, con que yo supiera que un didelfo era un marsupial y un marsupial un didelfo. También le gustaba mi nombre: Luci.

-Luci -dijo- sos tan flaca como los huesos encontrados de la primera mujer.

-¿Eva?

-No, Luci, la africana. Nuestra madre, mitad

mono, mitad mujer. Se encontraron sus huesos por ahí, desparramados.

Me miré los huesos de las manos que, como todos mis huesos, sobresalían de mi piel. Llevé cada dedo a la boca, feliz de encontrar ese sabor y él, el profesor, también me dio sus dedos. Chupé hasta empalagarme.

-¡Ah!, Lara -dijo el profesor.

Creo que allí comenzaron los malentendidos. A él, que yo chupara mis dedos y los suyos, le provocaba casi el mismo jadeo que a mí la mirada de las nubes.

Yo sin embargo saciaba el hambre. Ese hambre viejo, de la parte animal de Luci. Siglos de hambre tenía. Pero para ese entonces no fui ni Stachka ni Luci ni Lara. El profesor encontró otros nombres. A veces mientras yo comía -chupaba sus dedos- él gritaba Cherna y gritaba Mara. Después, les pedía a ellas salir.

Durante un tiempo él me visitaba en los andenes, las plazas, los circos, ahí donde yo encontraba un sitio para mis huesos y mi piel. El profesor, arrebatado por mi flacura, comenzaba a apretar mis pezones, a chuparlos. Tiene más hambre que yo, pensé. Creí necesario decirle la verdad.

-Ya no hay leche ahí, profesor, niño mío. Tuve hijas, tenían hambre, tomaron mucho, todo. Ricas, abandonaron. Y bailan, bailan por el mundo. Eso supe dar.

Durante algunos días el profesor dejó de visitarme. Lo olvidé. Pero volvió.

A veces él tenía ideas extrañas. Decía, por ejemplo,

que mi piel lo continuaba, que por lo tanto yo era una parte de él. Y sobre mi piel anotó: "appel". Después supe que era una palabra extranjera, significaba llamar, apelar. Pero en ese momento pensé que me había escrito: "papel" en secreto y que quería de mi piel, papel, más. Sobre todo cuando me llevó a vivir a los alrededores. Una casita, pieza, cocina, baño, para mí, muy cerca de su casa en la ciudad.

El profesor vivía en un edificio tan alto como una montaña. Desde su ventana se veían las mejores nubes y la desmesura de las estrellas. En su cocina el queso abundaba. Comencé a comer, a engordar. A que en mí hubiera más piel, más papel, más "appel".

Un día le dije "yo no soy más yo". El dijo:

-Es cierto, Inés, estás engordando.

-Profesor, usted me ablanda.

El se había acostumbrado a entrar en mí. Los dedos en mi boca, y la lengua. Su miembro al crecer venía también a mi boca y seguía un recorrido en mi blandura hasta todo lo abierto, vacío. Su forma de tratarme, de recorrerme, me cambiaron el tiempo, el cielo, las veredas. Retorné hasta Stachka, sólo la recordaba a ella y me gustaba pasearla gorda por el pueblo, ocupar completamente sola dos sillas y ocupar casi toda la cama del profesor que, comiendo tanto como yo, seguía ni gordo ni flaco.

Estar gorda me llenó de orgullo. Me miraba en las nubes desde la alta ventana de la casa del profesor, y yo era una de éstas. El profesor dejó de recorrerme, dejó de

llevar sus dedos a mi boca. Ahora, a veces, me apretaba fuerte los pezones. Yo encontré en su gesto y el mío -él hacerme doler, yo soportar- una palabra. Amor.

Hasta ese momento yo me había ido siempre de su casa, de sus nubes, de sus silencios, antes del canto de los primeros pájaros. Cuando encontré en mi boca esa palabra pedí:

-Lléveme con usted durante toda una sola noche. Mi hambre es ahora más fuerte. Comería las nubes que están entrando por su ventana.

Me miró con los ojos fijos. Vio a una Inés gorda, blanda. Le leí en la mirada "demasiado papel". Dijo:

-Tomar distancia. Ahora es el momento. Tus huesos ¿eh?, ya no se ven tus huesos.

Como fui aquella sola vez a la escuela, no tenía muy clara la idea del significado de un "tomar distancia". Sonaba en mis oídos igual que didelfo. Así que cuando él dijo "distancia", yo me acerqué. Nunca vi un gesto tan horroroso. Ni el frío ni el hambre daban semejante gesto. Supe, casi en el mismo momento, del amor y del miedo.

Vi como las nubes tan infladas como yo, tan infladas como esos pájaros fragatas con sus bolsas rojas, entraban por la ventana, se adherían a mí, llovían, y como mi papel volvía a su vieja forma. Supe, a la vez, que lo amable de mí, mi engordar, mi más piel, se había confundido con un gesto de barbarie.

El profesor tosía a causa de la lluvia y su mirada hacia mí era de acusación y de repudio. No me llamó de ninguna manera. No me llamó por días.

Lo espíé. Lo vi hacer diques contra el agua de las lluvias que, sin sentido, se instalaban en cualquier lugar. Mis paredes se hicieron líquidas. Y allí donde hacía tanto habían golpeado a la huérfana Stachka, creció una lágrima morada.

Fui hasta la casa del profesor. Temblaba porque ya había olvidado la tanta flacura y el andar sola en mi piel. Además, solamente el profesor sabía ese cuento de la Luci africana. Quise pasar. Así, flaca, no era ni siquiera necesario abrir la puerta. Pero él puso las manos, los dedos, contra esa puerta. Cubrió los espacios, no me dejó.

Dijo que ya no le recordaba a Luci, que alguien tan flaca sólo podía ser un animal. Escuché animal, ánima, alma.

Quise luchar, hablar. Le dije que esa cosa -la forma de sus dedos en mi boca, en mis pezones, la saliva de las nubes por él - habían nacido antes que nosotros.

Él no escuchaba. Grité una vez más -tanto alimento creí que él me daba - yo soy yo y no soy yo. Pero su sordera de profesor me rebeló. Seguí. Aunque no había más que un punto de partida.

Todavía alcancé a decir:

Profesor, cada nube que mire, también los troncos de los árboles, sus ramas, y cada didelfo que toque, serán yo. Verá cómo lo miran, en una piel como tal.

Cuando ya estaba más lejos -cerca de la dulce Stachka rabiosa -, lo suficientemente lejos como para que no terminara de trozarnos, le sentí la mirada fija.

Editor: Pedro Jorge Solans

Diseño: Fabián Torres

Libro de Edición Argentina

Queda hecho en el depósito que indica la ley 11.723

© Corprens Editora, 2020

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.